

Lo abyecto como brújula de análisis y de comprensión política. Reseña de Laleff Ilieff, Ricardo. *Poderes de la abyección. Política y ontología lacaniana I*. Buenos Aires, Miño y Dávila Editores, 2023, 152 págs.

The abject as a compass of analysis and political understanding. Review of Laleff Ilieff, Ricardo. Poderes de la abyección. Política y ontología lacaniana I. Buenos Aires, Miño y Dávila Editores, 2023, 152 pp.

DOI: 10.0031/RACP.10380111

Mercedes M. Barros*

UNRN/CONICET
Argentina

Fecha de recepción: 22-09-2023

Fecha de aceptación: 10-11-2023

Mucha agua ha corrido bajo los puentes tendidos entre el psicoanálisis y la política, dando lugar a algunas de las teorizaciones más interesantes y relevantes del pensamiento social y político contemporáneo. El libro objeto de estas líneas es un claro ejemplo de ello. Un libro que denota el deseo de señalar la relevancia de las teorizaciones psicoanalíticas para descifrar la vida en comunidad y de proporcionar algunas coordenadas políticas-ontológicas para comprender nuestra época.

Inscribiéndose dentro del campo de la teoría política y en torno a las preocupaciones por la soberanía, el Estado y el ordenamiento comunitario, el libro de Ricardo Laleff Ilieff propone y produce un cruce disciplinar muy original entre estas dos formas y tradiciones de pensamiento. En efecto, su intervención trae de un modo singular a la escena de la teoría política la productividad de una analítica inspirada en el pensamiento de Freud y Lacan; analítica que procede en reverso y que muestra lo inescindible de la teoría y la praxis a partir de su énfasis en lo singular y en la heterogeneidad constitutiva que deviene precisamente de lo (im)propio del sujeto ante su condición siempre escindida y carente.

Precisamente, sobre esa condición de carencia, parte y opera los desarrollos analíticos inspirados en el pensamiento de Lacan orientados a dilucidar las modulaciones inventivas y sintomáticas que se despliegan en la experiencia del sujeto deseante/gozante en su mundo

* <https://orcid.org/0000-0002-7616-4074>. Correo electrónico de contacto: mercedesbarros@gmail.com

social. Los tres registros analíticos propuestos por el psicoanalista procuran comprender esa inventiva exhibiendo los anudamientos imaginarios y simbólicos singulares que producen y son producidos por un sujeto que no cesa de toparse con lo real, es decir, con lo imposible de su existencia y de sus relaciones sociales. En este sentido, y como bien señala el autor, el nudo entre los registros es lo que le da soporte a la realidad social cuyo vacío, sin embargo, no puede ser llenado, solo recubierto precariamente.

De este modo, el punto de partida de la lectura que nos propone Laleff Ilieff está impregnado/contaminado por esa analítica, y es desde ese posicionamiento que se deja apreciar la ambición teórica del texto: contribuir a la modulación de una perspectiva ontológica de la política que parte de la carencia y de la imposibilidad de la decisión y que se vale de la analítica construida en torno al anudamiento de los tres registros sin otorgarle la primacía a uno de ellos. En efecto, bajo esta ambición procede su operación reflexiva orientada a “pensar lo real en política”(p.15) y lo hace a partir de indagar en el pensamiento de algunos de los protagonistas más importantes de la teoría política contemporánea con las ansias de dilucidar sus modos de gestionar-tramitar- hacer con esa carencia.

Allí surge entonces la preocupación que atraviesa el libro y se organiza el recorrido que nos propone en torno a la categoría de la abyección en el pensamiento político. Lo abyecto es figurado como "el punto en donde se devela el fracaso de toda identidad, el sin sentido que habilita lo político" (p.16) Por eso, la política se produce desde una oquedad inerradicable y es en y por medio de lo abyecto que se puede acceder a las tentativas siempre políticas por obturar, pero también administrar la falta de la vida social. De este modo, la abyección se conecta con la arista estructural que señala la debilidad intrínseca de toda ley debido a su carencia de sustancia. Esto es, con la imposibilidad del todo que atraviesa a la política señalando el hiato en el seno de la identidad consigo misma, un hiato que, nos advierte el autor, va más allá de la figura del exterior constitutivo o de un otro a partir del cual es posible el reconocimiento. Lo abyecto no es solo la aparición de lo desplazado, de lo escondido, sino que es lo que debe ser desplazado y escondido porque alude al vacío de toda decisión (p.21).

Como argumenta Laleff Ilieff en el primer capítulo, las huellas de las formulaciones freudianas de lo ominoso y su posterior articulación en el pensamiento de Lacan son decisivas para dilucidar los significados a los que alude la noción de abyección. En sus elaboraciones sobre la angustia, Freud presenta a lo ominoso como una amenaza para la identidad que

retorna y que se figura como externo a ella, aunque proviene del interior mismo de esa identidad. Por su parte, Lacan retoma el concepto de lo ominoso para ponerlo en relación con el estadio del espejo y con sus desarrollos sobre el soporte que brinda el Otro en el devenir del sujeto. En su lectura, lo ominoso en tanto resto que atenta contra la unidad de la imagen, viene a revelar la falta y su desplazamiento del campo identitario y en ese sentido, la carencia del propio ser. Desde allí, Laleff Ilieff ciñe su entendimiento sobre lo abyecto como “el nombre imposible que busca capturar esa falta: la imagen ominosa de una identidad que se encuentra ya siempre dislocada, sin aceptar lo fallido de toda norma, su incapacidad” (p.29).

Ahora bien, siguiendo el derrotero de esta noción, el autor retoma el pensamiento de Julia Kristeva y su señalamiento sobre la vinculación de la dimensión de la abyección a la opresión y la exclusión. Para Kristeva, lo abyecto se presenta como el reconocimiento de la falta fundante de todo ser, sentido, lenguaje, deseo y denota la necesidad de excluir eso que amenaza al orden, esto es, aquello que se reconoce como radicalmente heterogéneo. De ahí que para la autora no hay orden simbólico sin heterogeneidad, pero esa heterogeneidad no se vincula con un resabio del accionar de la ley, un efecto indeseado de lo simbólico, sino con un estadio pre-simbólico. De esta manera, para la autora lo abyecto se vincula a la emergencia de un componente primario y pulsional vinculado a lo materno y a lo corporal que es excluido en vistas de garantizar la función organizadora del significante. Lo abyecto es entonces la irrupción de lo heterogéneo en la significación, es decir, la simbolización de aquello que es en verdad pre - simbólico (p. 33) .

En este punto el autor se detiene en dos cuestiones que considera importante señalar. Por una parte, si bien el pensamiento de Kristeva permite vincular lo heterogéneo a la falta y la abyección a los intentos de lo simbólico por estructurarse, Laleff Ilieff señala –retomando la crítica de Judith Butler– cómo en el pensamiento de Kristeva se presenta lo real como anterior a lo discursivo y en ese sentido se deja abierta la posibilidad de entender las emergencias de lo heterogéneo/abyecto como manifestación de un pasado anterior y natural, sin percatarse de la dimensión siempre simbolizada de lo materno, lo corporal y lo impulsivo. Por otra parte, esta idea parece poder aislar lo real de lo simbólico, y no permite comprender que la imposibilidad no es de lo real, sino de lo simbólico (p.34).

Ambos señalamientos le permiten al autor advertir cómo la pregunta por lo abyecto se sostiene sobre el entendimiento que no hay orden social sin anudamiento entre lo real, lo

simbólico y lo imaginario. En este sentido, no hay orden alguno ni estabilización simbólica sin un real “éxtimo” que lo constituye y amenaza. De ahí que la pregunta por lo abyecto es entonces una pregunta por la dimensión política de la existencia y se orienta a capturar lo real en lo simbólico-imaginario. Pregunta que, como muestra el autor en el segundo capítulo del libro acerca del pensamiento sobre la violencia de Walter Benjamin, se encuentra vedada en este último al concebir la posibilidad de un puro real, un acontecimiento que niega a lo simbólico en tanto tal, y por lo tanto a la política misma. En palabras del autor: “la abyección remite menos a un acto de exclusión que a una falta constitutiva de lo simbólico que todo acto de exclusión busca obturar” (p.39)

A partir de estos planteamientos, que circunscriben los significados de lo abyecto, el libro avanza en su intento de dilucidar algo de la cuestión de cómo se procesa la hiancia de la existencia en el pensamiento político contemporáneo, y el ímpetu por obstruir su ocurrencia o por aferrarse a ella como posibilidad misma de lo político. Con esta cuestión en mente, las tres partes restantes de la obra se organizan en torno a tres figuras clave del pensamiento político: el sacrificio, la guerra y el Uno. Figuras que, como bien señala Laleff Ilieff, atraviesan toda una gama de discursos políticos contemporáneos y revelan las diferentes maneras que se han ensayado para hacer frente precisamente a la carencia estructural.

Así pues, la segunda parte del libro está centrada en la figura del sacrificio y es abordada a partir de las críticas sobre la soberanía presentes en autores como René Girard y Giorgio Agamben. Como muestra el autor en el capítulo tercero, la figura del sacrificio en el pensamiento de Girard volcado a la revalorización de la dimensión religiosa de lo social, opera inicialmente como un acto fundante, capaz de administrar la violencia social inerradicable de lo humano. Su acontecer exhibe eso que debe ser desplazado y que remite a la falta estructural. Sin embargo, en sus teorizaciones posteriores esa figura sacrificial perdería totalmente su estatuto político al negar la posibilidad de regulación alguna de la violencia social. En su pensamiento tardío y crítico hacia la soberanía moderna y las formas jurídicas, lo único concebible ante una era de violencia inaudita es la erradicación total del conflicto a partir de la posibilidad de la identificación plena con Cristo, eliminando entonces también lo real de todo orden y la posibilidad de lo político mismo (p.60).

Siguiendo con el rastreo de esa figura sacrificial, en el capítulo cuarto, el autor muestra cómo a pesar de los supuestos disímiles de los que se nutre el pensamiento de Agamben, las

implicancias políticas del planteo del italiano no son tan disímiles a las del pensamiento de Girard y su negación absoluta de la falta. Agamben apela a la figura sacrificial no como una figura del pasado, contradictoria con la modernidad, sino más bien como una institución que se despliega hasta el presente y se extiende de manera ilimitada, precisamente porque la soberanía inscribe la indeterminación en la vida social, y hace de la excepción la regla. Todos son potencialmente susceptibles de ser sacrificados al desdibujarse las fronteras del adentro y del afuera de la soberanía (desconociendo la variabilidad de las formas de exclusión diferencialmente distribuidas). Por lo tanto, como advierte Laleff Ilieff, no hay fuera de la indeterminación de la soberanía y lo real entonces se vuelve un orden total y por lo tanto enteramente manejable, clausurando una vez más la pregunta por la abyección (p.69).

Ahora bien, luego de advertir sobre los efectos despolitizadores que resultan de la soberanía sin rostro que propone Agamben y de la clausura de todo tratamiento de la abyección, la tercera parte del libro avanza sobre la indagación de otra figura clave en el pensamiento político: la de la guerra. Centrándose particularmente en las teorizaciones schmittianas en el capítulo quinto, el autor halla precisamente en el pensador alemán un camino que se abre para tematizar la hiancia de lo simbólico y la pregunta por lo abyecto.

De acuerdo a Carl Schmitt, lo político se cifra en una contraposición existencial que alude a la relación amigo-enemigo. Lo político no adquiere su sentido a partir de una esencia o sustancia, ni en el dominio de la moral, ni en de lo económico, ni de lo estético; su acontecer/manifestación, en cambio, resulta de articulaciones decisorias siempre contingentes de la contraposición existencial entre amigo y enemigo (p.81). De este modo, la figura de la guerra denota de manera paradigmática lo político y su carácter estructural puesto que exhibe la razón de la existencia de formas distintas de habitar el mundo. Toda comunidad se funda en una exclusión que involucra una frontera y la nominación de un enemigo que se figura como el extranjero por ser extraño a la forma de vida comunitaria (p. 82). En este sentido, el enemigo deviene clave para la constitución identitaria. Puesto que como señala Schmitt, sólo a partir de reconocer la diferencia que el otro supone se forja la propia forma de vida, forma de vida que tramita el fracaso estructural y permite vivir con él. De este modo, la exclusión del enemigo emerge en el lugar de la falta que denota, y a la vez exhibe la debilidad de toda decisión.

En el capítulo seis, siguiendo con estas teorizaciones, el autor señala cómo es a partir de la reflexión sobre el desdoblamiento de la guerra y del enemigo externo-interno que Schmitt trae al ruedo la figura del partisano para pensar la diferencia entre una y otra forma de conflicto. Y es por medio de esta figura que el pensador tematiza con mayor detenimiento la falta misma que acarrea lo político. Precisamente, porque como señala Laleff Ilieff, el partisano es una figura que señala el problema de la estabilidad del orden y la debilidad misma de toda autoridad (p.93). Esta figura política pone en jaque a la autoridad estatuida evidenciando un antagonismo que no puede ser canalizado por la administración política-policial ya que se despliega en los márgenes de las formas jurídicas y políticas. La doble valía del partisano en tanto criminal y enemigo alude a su dimensión heterogénea en relación al dispositivo jurídico moderno.

Por lo tanto, el partisano no es un simple criminal pero tampoco puede ser juzgado como un enemigo externo. Porque al hacerlo se asume la legitimidad de la escisión en el seno de la comunidad, desestabilizando al orden instituido y debilitando a la autoridad misma al degradar su carácter universal e impedir su función unificadora. Esto denota precisamente el carácter abyecto del partisano, exhibiendo el fracaso de la decisión política y de los esfuerzos de simbolización que involucran lo político. En ese sentido, esta figura permite comprender cómo toda decisión aparece acechada desde su interior, desde el propio campo de representación poniendo de relieve la función crucial que lo abyecto juega en la constitución de todo campo de representación, en la defensa de sus formas imaginarias de lo social y en la propia dimensión que apela a la unicidad.

Entonces, es a partir de estas formulaciones que podemos apreciar de forma más clara en el pensamiento de Schmitt ese aspecto que aparece marginalmente en sus escritos anteriores, y que tiene que ver con la porosidad de las definiciones, los límites de la decisión existencial y las variaciones que se dan en el establecimiento de las fronteras sociales. De este modo, como bien señala Laleff Ilieff, el pensador por excelencia de la soberanía es el que mejor puede señalar su fracaso: siempre hay algo fuera de ella que acecha a su configuración específica. En ese sentido no hay forma de evitar, “la degradación y precariedad de las mediaciones políticas pero tampoco de las categorías que las explican” (p. 98). Degradación/precariedad que se vincula con los esfuerzos reiterados por sostener el orden y la estabilización del espacio de representación, esfuerzos que en su ímpetu por lograr ese

orden Uno, en las palabras muy precisas de Laleff Ilieff, “no dejarán de acudir a un otro como a un exterior constitutivo y a un otro —al menos uno— que no es un otro, que no es uno, que aparece como algo vil y degradado y que no puede ni debe ocupar un lugar en la igualdad de lo político” (p. 99).

Justamente, en torno a la tematización de esta figura crucial del pensamiento político, la figura del Uno, se desarrolla la cuarta y última parte del escrito, a partir de recuperar las reflexiones críticas de Jaques Rancière y Pierre Clastres. Ambos autores en su crítica a la soberanía permiten concebir al espacio de unificación política como un elemento inevitable, un elemento que es condición de posibilidad de la identidad misma. Sin embargo la tematización de la unicidad en uno y otro pensador es muy distinta como así también sus implicancias políticas. Como señala Laleff Ilieff, en el pensamiento de Clastres, la crítica, o mejor dicho la impugnación hacia el Uno soberano y a la fragmentación comunitaria que produce la división entre dominadores y dominados, conduce paradójicamente a un elogio del Uno indiviso de la comunidad, y a la ponderación de una totalidad sin la dualidad que habilita la dominación política. Pero precisamente al ponderar un tipo de orden sin fisuras, Clastres ignora otros modos de dominación que nutren a la política y que comprueban una y otra vez el tratamiento que la política le da a lo real (obturando la posibilidad de un dos y administrando la diferencia haciendo a ciertos seres malditos). Y este tipo de dominación se conecta precisamente con la problemática de la abyección, es decir, a un Uno que solo admite cierta asignación de roles y lugares homogeneizando el espacio de representación negando su falta intrínseca (p. 101).

Como muestra el autor en su último capítulo, un tratamiento muy distinto de la figura del Uno y de la unicidad propone Rancière, para quien detrás de toda ponderación del Uno se esconde un desajuste; un desajuste que remite a un desacuerdo irreductible en el seno de lo social originado en el uso mismo de la palabra (p. 115). Para el pensador francés, entonces, la política tiene lugar siempre en relación a un orden social que se presenta como unificado, aunque en realidad se encuentra ya siempre dividido, fracturado. De ahí que la política alude a la irrupción y puesta en jaque de ese orden, cuestionando la distribución de la palabra y visibilizando el sinsentido de la configuración sensible que define las partes y sus partes, o su ausencia. Son precisamente los degradados, los desplazados, los sin parte, quienes expresan ese sinsentido y figuran los nombres de la falta estructural, ocupando el lugar de lo abyecto

(p. 109). La política para Rancière —que es siempre una política de la igualdad— emerge precisamente para discutir esos modos de abyección. En sus teorizaciones, entonces, la abyección se encuentra en primera fila y resulta una dimensión central para comprender la dinámica y los modos de relacionamientos políticos que modulan la experiencia de lo común.

Al llegar al final del libro, podemos comprobar cómo, desde el punto de vista del autor, los caminos abiertos por Schmitt y Rancière parecen converger en su postulación de la alteridad y oquedad de lo político, posibilitando una aproximación diferente a la de otras disquisiciones de la época sobre los modos en que lo real anida en lo político. Ambos pensadores aportan precisamente figuras teóricas que operan como guías que nos llevan a atender a aquello que expresa lo heterogéneo de todo orden sin desatender el lugar crucial que la unidad y lo común juegan en lo político.

Retomando las últimas líneas del libro donde Laleff Ilieff señala el amplio camino que queda por recorrer en los cruces entre política y psicoanálisis, quisiera finalizar mis reflexiones destacando no sólo lo interesante y revelador que resulta el ejercicio de pensar lo político a través del vector de la abyección, sino también lo inspirador que puede resultar para un análisis orientado a comprender los discursos sociales y políticos de nuestro tiempo y las formas de dominación e identificación que habilitan. Precisamente, las formas en que los discursos velan la vacuidad de la política y tratan lo abyecto dentro de su espacio de representación resultan decisivas en el tipo de ordenamiento político que finalmente promueven. En este sentido, la pregunta por la abyección se convierte en una brújula analítica clave para comprender y discernir cómo los diferentes discursos políticos y sociales tratan la carencia en su propio dominio. Por ejemplo, si nos interesa comprender los discursos feministas de nuestro tiempo, es importante dilucidar no solo el exterior constitutivo del feminismo, sino cómo esos discursos operan respecto de aquello que aparece dentro de sus propias filas donde nada debería aparecer, interrogando no sólo los presupuestos feministas sino también las vicisitudes que atañen a su configuración/estructuración. ¿Cómo gestionan los feminismos estos lugares de la abyección? Se presenta como una pregunta crucial para su entendimiento. La brújula de lo abyecto también puede ser productiva para entender el funcionamiento de los discursos populistas; discursos que ofrecen un tratamiento singular de lo real, haciendo visible la carencia, el inexorable desencuentro sobre el que se construye el orden social, politizando lo abyecto y tensionando el orden comunal al hacer de lo abyecto el pueblo degradado, pero al mismo tiempo el sujeto del pueblo legítimo y pleno.